

nuestras ideas, purificar nuestros motivos, y hacernos felices, imprimiendo á nuestras intenciones un carácter de sublimidad que las haga útiles á nuestro interes eterno. Querer abrirse caminos nuevos y singulares, suele ser una especie de fausto y ostentacion, que ofende á la modestia evangélica, y degrada la verdadera penitencia.

El discípulo de Jesucristo teme todo lo que puede distinguirlo. Su mayor seguridad consiste en hacer las cosas mas comunes con miras superiores y divinas, desempeñar las obligaciones mas ligeras con un corazon magnánimo y entero, y practicar en su casa ó en el santuario del Señor lo que la Religion le prescribe; pero de manera que nadie entienda sino lo que basta para el buen ejemplo. Entónces todo es verdad y sustancia en sus acciones, todo es espíritu y vida en su interior, y sin separarse del modo regular de vivir de los otros hombres, le distingue Dios con un carácter que le eleva sobre las Dominaciones y los Tronos.

Considerad, señor, la muger fuerte, de quien el Espíritu Santo hace tanto elogio en los sagrados libros. ¿Dónde la encontraremos? dice: el que la halle la debe admirar y colmar de alabanzas; todo el oro y las riquezas de la tierra no pueden compararse con el valor de tan raro tesoro. Oyendo tan ponderado elogio, se persuadirá alguno que habla de una criatura extraordinaria, de

una persona destinada á asombrar el universo con prodigiosas y singulares acciones; pero no es así, y para que ninguno se engañe, el Espíritu divino se apresura á explicarnos los títulos de su mérito y grandeza,

Nos la retrata diciendo (1), que está encerrada en su casa y aplicada á todos los negocios domésticos de su administracion interior; que está en todo, que cuida de todo, que hace que todo esté en orden, y que en los intervalos que la dejan la direccion de sus negocios, el cuidado de sus hijos, y los afanes de sus criados, trabaja con su industriosa mano la lana y el lino; que mientras su esposo ejerce en la ciudad graves funciones, sosteniendo con dignidad un carácter público en el senado con los grandes, ella se divierte con un trabajo sosegado pero útil; pues no se desdía de manejar la rueca en sus manos.

Esta pues es una muger que no se distingue en lo exterior de las mas regulares ciudadanas, que sin meter ruido vive en la paz y silencio de su casa, que camina en presencia del Señor con la inocencia y simplicidad de su corazon; y esta es la que en el último de los dias nadará en la alegría, la que por en medio de la innumerable muchedumbre de generaciones se levantará con tierra y noble confianza ante el terrible tribunal, cu-

(1) Proverb. xxxi. 10.

yo formidable aparato hará temblar todos los potentados de la tierra; y ella tomará su lugar en la ciudad de Dios entre los héroes de la gracia y de la eternidad.

No, señor; el espíritu y los preceptos de la fe no presentan nada que pueda desalentar y sorprender á los que conservan alguna impresion natural de todo lo que es virtud, órden y cordura. Nuestra propia conciencia da testimonio á la verdad, y siente la necesidad y la justicia de la moral del Evangelio. Cuando meditamos con buena fe, no podemos dejar de conocer, que esta moral es hecha para el hombre, y la que le puede ser mas ventajosa; y que aun cuando tuviera un origen ménos augustó, no pudiéramos buscar regla mejor para nuestra vida y costumbres. Se pudiera decir, que esta moral pura no hace otra cosa que volver á conducir á nuestra razon y corazon á su propio centro, haciendo revivir en nuestras almas las luces y principios que habian nacido con nosotros. Lo único que hay en él de extraordinario y asombroso es en nuestro favor, y para el logro de nuestros deseos mas fervientes; pues es la revelación y promesa de un destino eternamente feliz, que sin ella nunca hubiéramos podido conocer ni esperar.

La sabiduría eterna no descendió á la tierra para enseñarnos á hacer milagros, ni para que hiciésemos obras portentosas. „La gracia de un

„Dios Salvador, dice S. Pablo (1), vino á resplandecer en medio de los hombres para enseñarles á arrojar léjos de ellos toda impiedad y todos los deseos groseros de las pasiones y sentidos; á vivir en la tierra con sobriedad, justicia y caridad, esperando el cumplimiento de la dichosa esperanza y el advenimiento de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se sacrificó por nosotros á fin de purificarnos de toda mancha, y consagrarse un pueblo escogido, que no se aplicaria sino á la práctica de lo que es bueno, justo y honesto. Estas pocas palabras incluyen la mas sana y mas ilustrada filosofia que se ha presentado jamas á los hombres, y no tienen otra cosa que sea religiosa y sobrenatural, que añadir una sancion divina y prometer una eternidad de gloria á acciones y sentimientos que residen naturalmente en el corazon de todas las personas honradas, elevándolos á tan alto fin.

Ved aquí pues el compendio de toda la Religion cristiana: amar á Dios sobre todo, y mas que todo; adorar al Criador del universo por su divino Verbo; obedecer la santa ley que este promulgó en el Evangelio; creer todo lo que la Iglesia su esposa, á quien asiste, nos enseña; practicar todos los actos del culto que nos prescribe;

hacer profesion pública de este culto; amar por Dios á todos los hombres como hermanos é hijos del mismo Padre, ejercer con ellos todas las obras de misericordia, y cumplir con todas las obligaciones del estado en que nos ha puesto, sean altas ó bajas, penosas ó agradables. Todo esto es fácil y dulce á las almas sostenidas de la gracia; pero muy áspero y difícil á la naturaleza corrompida. El consuelo del cristiano es, que esta gracia se pide y se obtiene; que Dios la da siempre al que la implora, y este es el ejercicio de la oración. Tambien sabe que Dios no la niega á quien humildemente se la pide, y este es el necesario afan de la vigilancia cristiana: *Velad y orad*, decia Jesucristo, y en estas palabras está encerrada toda la doctrina de la vida.

Muchos caminos conducen á este término. Uno de los mas trillados y que conduce mas presto, es la meditacion continua de la muerte y de la eternidad que la sucede. No hay asunto de tan gran importancia, pues sabemos que la vida presente acabará presto, que nuestra alma está ahora en nuestro cuerpo en estado de prueba, y que luego llegará el día en que Dios la juzgará según sus obras. El tiempo comparado con la eternidad, es ménos que un instante. Los bienes de la tierra, honores, riquezas, placeres, salud y cuanto la imaginacion presenta, son ménos que la nada cuando se comparan con la gloria que nos

espera. Es imposible que un hombre racional pueda estar contento de sí mismo cuando emplea toda su aplicacion y afan en obtener bienes tan frívolos y que duran tan poco. Nosotros quisiéramos ser siempre felices; pero como la muerte es inevitable, debemos mudar nuestras ideas, y buscar una felicidad que no pueda quitársenos.

La muerte es justa cuando rompe nuestros designios, pues son desarreglados, y léjos de oponerse á nuestra dicha verdadera, es ella la que nos conduce á la felicidad eterna; su pensamiento solo nos hace despreciar lo que no merece aprecio. Ella es la que levanta el velo, y descubre la perfidia y falsedad de los bienes sensibles. Ella es la que nos hace conocer todo el precio y realidad de los bienes eternos, y nos los acerca tanto, que á su vista los otros se desaparecen. El cuerdo quiere en todo tiempo desengañarse y ver la verdad; pero el insensato y el carnal se complace con la ilusion.

El perezoso quiere dormir, y con tal que sus sueños sean agradables, no pide mas. Si la muerte viene á despertarle, se espanta y se confunde. No ha considerado que el tiempo que ha dormido era el que se le habia dado para adquirir una felicidad eterna. El vicioso prefiere relámpagos de gozo á placeres sin término. Conoce la alternativa de las penas, ó las recompensas eternas; no duda que su alma es inmortal, y cuando

dudara, la duda sola debía obligarle á tomar el partido mas seguro; pero su estupidez es tan increíble como inexcusable; vive como si no debiera morir; abraza el estado sin pensar en la muerte; entre los motivos que le determinan la eternidad no entra en la cuenta. No es posible conciliar esta ceguedad con el insuperable amor que tenemos de nuestro bien.

Es que somos como los niños, á quienes los objetos presentes arrebatan y determinan sus movimientos. Los objetos distantes, por grandes que sean, no les interesan; las amenazas de los malos no los intimidan; pero si una espina les pica, si un insecto les muerde, entonces se afligen: tal es el imperio de los sentidos, y tan débil la razón. Para ver bien los objetos es necesario que la razón se fortifique, y que el espíritu se extienda: esto se consigue por la meditación. De lo presente pasa á lo futuro; de lo que tiene cerca á lo que ve distante; con la comparación que hace de las cosas, se excitan el temor y la esperanza. Lo futuro se le hace presente, y no teme sufrir en el momento rudas penas, por librarse de otras mucho mayores que le amenazan.

La desgracia es, que toda la extensión de su vista circunscripta en la esfera del tiempo, no se avanza hasta mas allá de los siglos. Los malos de los hombres trabajan hasta los treinta años para descañsar en la vejez, porque ven viejos po-

bres, y no quisieran serlo: esta vista les convence que un dia serán viejos; pero estos mismos se quedan siempre niños cuando se tratá de los bienes eternos. Su vista no va tan adelante, no se detienen á considerarlos, no piensan que merecen ser preferidos á los que están gozando con placer, y ved aquí por qué la eternidad no entra en los motivos de sus deliberaciones. La eternidad sin embargo, es la luz que puede alumbrarnos en la obscura carrera de la vida, y conducirnos á esta felicidad por que tanto suspiramos.

Esta idea de la eternidad es la que excita la del temor de Dios, y este es el que puede seguramente afirmar los pasos del hombre por cualquier vereda que camine. Este es el que puede procurarle los verdaderos bienes, la paz del alma en este mundo, y la posesion de Dios en el otro. El que penetra bien el corazón del hombre, descubre una grande verdad, y es que solo el temor de Dios puede hacer que él no sea doble, astuto, hipócrita y mentiroso. Sin duda que hay en estos vicios diferentes grados; pero tened por cierto, que el hombre, aunque sea de suyo recto y sincero, si no tiene temor de Dios, dirá y mil veces hará muchas cosas contra la verdad. Cuando no hiciera otra cosa que estimarse mucho y tener grande opinion de su imaginaria virtud, ya se mentirá á sí mismo; pues que ningun-

no tiene mérito propio, y todo nos viene de Dios. Los gentiles que han sido mas estimados por su rectitud, como Sócrates, Caton, Marco Aurelio, Epicteto y otros, no dejaban de tener algun temor de la Divinidad; y con todo el que hubiera podido examinar por dentro su virtud hubiera visto muchos defectos de sinceridad. Tan cierto es que la verdad no puede habitar en un pecho en que no habita el temor de Dios.

Dios os ha dado un nacimiento distinguido, y muchos bienes de la tierra; dad gracias á su providencia; pero sabed que con los bienes os ha dado muchos cargos y muchos peligros. Los profanos pueden mirar como una paradoja que sea mas útil poseer pocos bienes, que muchas riquezas; pero el cristiano sabe que la medianía, y aun la pobreza misma, cuando está unida con la justicia, vale mas que las grandes riquezas cuando se usa mal de ellas. El pobre, si es justo, junta tesoros para el cielo, y el mas rico hace mas profundo el abismo de su perdicion. Los gentiles conocieron las ventajas de la mediocridad; pero como no tenían idea de la verdadera virtud, su desinterés nacia del orgullo ó de la extravagancia; porque á la verdad para el que no tiene otras esperanzas que las del mundo, la abundancia es mejor que la escasez, pues con ella se procuran todas las comodidades de la vida; pero los ojos de la fe ven de otro modo, y Jesucristo dijo

que era muy difícil á los ricos entrar en el reino de los cielos. Si las riquezas se juntan con los vicios, entonces no solo será difícil, sino imposible; porque como dice el Profeta: Los brazos de los impios serán rotos, esto es, todo su poder será destruido. En vez de que Dios sostiene al pobre con su misericordia, el impio, el poderoso y opulento á la hora de la muerte se verá despojado de todo, y el justo, abandonando lo poco que tenia en la tierra, irá á poseer inagotables tesoros en el cielo. Quizá, señor, si se nos diera la eleccion cuando nacemos, debiéramos excoger la pobreza. Con ella tendríamos ménos riesgos, ménos pasiones, mas ocasiones de méritos, y mas semejanza con nuestro Redentor.

Peró como Dios es quien reparte los bienes, si nos hace nacer con ellos, debemos adorar su providencia, aunque temblemos de nuestro peligro. No olvidemos que no somos propietarios, sino ecónomos; que tomando para nosotros lo necesario, debemos dar lo restante á los que no lo tienen; y que solo el buen uso de las riquezas puede transformar en un antídoto el veneno; haciendo que ellas mismas nos sirvan de escala para el cielo.

Huid, señor, á toda costa y con esfuerzo varonil toda especie de mala compañía. No hay contagio tan rápido y pestilencial; no hay fuego

voraz que con tanta violencia lo destruya todo. Este es el principio mas funesto, la mas emponzoñada fuente que corrompe en el mundo las costumbres; y advertid que hay tres especies de malas compañías: la primera, la que se tiene personalmente con los malos cuando se les trata y se vive con ellos: la segunda, la de los libros perniciosos: el hombre mas austero y retirado del mundo, corre peligro con las malas lecturas; en un instante puede perder cuantos principios de fe y buenas costumbres habia adquirido, dejándose seducir de los sofismas de los incrédulos ó libertinos: la tercera es la de sus propios pensamientos, si se les da entrada en un corazon desocupado que no vela en su custodia.

El enemigo comun aprovecha las ventajas que le presenta una imaginacion fecunda en ilusiones é imágenes impuras. El espíritu se deja arrastrar por esos objetos seductores, cuando la voluntad se abandona á tan falaces guias. Las malas compañías exteriores no son peligrosas, sino porque seducen á la íntima que tenemos en nuestros propios pensamientos. Es menester decir de ellas, de las gentes y de los libros, lo que decia David á Dios (1): „Señor, no quiero „tener ninguna sociedad con los vanos é injustos, „ni sentarme con los impíos y malignos.” Sin

(1) Psalm. xxv. 4. 5.

esta resolucion eficaz y constante, serémos orgullosos, vanos y satisfechos de nosotros mismos, injustos con el prójimo, malignos en nuestros juicios, y flojos, impíos, ó indiferentes en lo que interesa al servicio de Dios.

Este, señor, es el artículo mas importante, y el punto en que debeis insistir con una determinacion que jamas vacile. Alejad de vos sin demora todo mal pensamiento, todo mal libro; pero mas aun á todo hombre vicioso ó corrompido que no teme á Dios. Si Jesucristo nos manda sacarnos el ojo, cortarnos la mano ó el pié que nos escandaliza, ¿cuánto mas debemos alejar de nosotros todo mal ejemplo? Esta obligacion es mas estrecha en un padre de familia, pues debe á sus hijos buen ejemplo y educacion. Nada puede viciarla tanto como los malos ejemplos, y el afan de muchos años en la instruccion de un jóven, se malogra en un instante con la seduccion de un perverso. Tiene criados, y no solo debe ser espejo suyo con su arreglada conducta, sino cuidando también que vivan como cristianos. S. Pablo decia, que el que no cuida de sus domésticos es peor que el infiel. Estas son almas que la Divina Providencia ha puesto á su cargo, y de que dará cuenta estrecha. Tiene amigos, y si son viciosos no harán mas que corromperle á él mismo, ó á lo ménos corromper su familia. El que conoce la flaqueza de la naturaleza de

gradada, no puede ignorar la fuerza poderosa del mal ejemplo. Uno solo puede bastar para derribar en un instante todo el edificio que en muchos años habia levantado la virtud: uno solo puede corromper una sociedad de santos: uno solo puede destruir todo el fruto de una larga y laboriosa educacion: uno solo puede introducir el vicio y la muerte en una familia desde largo tiempo christiana y arreglada. En fin no hay peste tan mortifera y que comuniqué su infeccion con tanta rapidéz, como se propaga el vicio en nuestro débil corazón.

Sed pues inexorable contra todo lo que pudierais exponerós y exponer á quanto os rodea á tanto daño. Esconded á los ojos de vuestros hijos y familia todo ejemplo que pudiera tentarlos. Apartad sus ojos de todo discurso que los pudiera seducir: les debéis buen ejemplo, instruccion y enseñanza; pero debéis cuidar tambien y con gran vigilancia, que nadie pueda destruir lo que vos edificais.

Vos debéis suponer, que no habiéndoos procurado en vuestra vida pasada criados cristianos, ni amigos virtuosos, estáis en nueva obligacion de examinar su conducta, y de reparar este mal con el mayor esmero. Que vean en vuestras acciones otro modo de obrar, y que vuestros discursos les manifiesten otro modo de pensar. Pero ántes de convertirlos con las palabras, dejad

que hablen vuestros ejemplos, y que vuestra conducta práctica sea la primera de las exhortaciones. Si esto no basta, procurad persuadirlos con celo, pero con dulzura y prudencia; y cuando esto no bastare, no hay que detenerse, alejadlos de vos, y de la parte de sociedad que la Providencia os ha confiado.

Por otra parte, señor, reflexionad, que el que no teme á Dios, así como no puede ser buen padre ni buen hijo, tampoco puede ser buen amigo ni buen criado. ¿Cómo os guardará fidelidad el que no la guarda á su Dios? Sin el temor de Dios no hay freno que pueda detener á los hombres desde que las pasiones los excitan, ó el interés los tienta. ¿Quién puede responderos de un criado cuando el amor propio le seduce á un delito secreto, que espera dejar escondido si la propia conciencia y la idea de un Dios vengador no le detiene? ¿Y cómo podeis contar con el amigo? ¿Cómo podeis confiar vuestros secretos y el honor de vuestra casa á un hombre, que cuando una pasion le arrebatá, no puede hallar en la Religion un freno que le contenga? ¿Cómo podeis esperar que los intereses de su fortuna y de su corazón no sean preferidos á los vuestros?

Desengañaos, señor; no es posible hallar buenos amigos ni buenos criados, sino entre las personas que temen á Dios, y viven arregladas á los principios de la Religion. El mundo presenta

muchos hombres que se distinguen en el arte de hacer demostraciones de amistad. Nada es más persuasivo que su estilo; nada más seductor que sus caricias. Los imprudentes, persuadidos de su propio mérito, se dejan engañar; pero nada es más frívolo ni más falso; á la más ligera ocasión de interes propio todas estas protestas se deshacen como humo. Por el contrario, no hay más sincera amistad que la del cristiano; es hombre de bien porque el Dios de verdad lo prescribe así. El mundo puede darnos aduladores, compañeros del placer y del desorden; pero la virtud sola da amigos verdaderos.

Por otra parte nada hay que nos inflame más en el deseo de servir á Dios con fervor, que el comercio y trato de las buenas conversaciones que tenemos con ellos. Son una especie de oración continua, un ejercicio habitual de adoración y amor. Nuestro corazón se purifica y abrasa; nos encendemos en su mismo fuego, y salimos llenos de ardor para renovar nuestra oración, y presentar á Dios los ejercicios de nuestro culto. ¿Cómo podeis esperar este efecto, no digo de los malos y escandalosos, sino de aquellos que viven en el siglo entregados á las sociedades profanas? ¿Qué sentimientos pueden llevar estos hombres al templo del Señor? ¿Cómo pueden oír las alabanzas de Dios; penetrarse de la idea de su grandeza, y comunicarla á los demas

fieles? ¿Qué figura pueden hacer en las juntas de la Religión? Léjos de enseñar á los pueblos á celebrar las maravillas de Dios, les dan el ejemplo de la inmodestia, de la disipacion, sin contar el fausto que ostentan á los piés de un Dios crucificado.

Si quereis ser bueno, vivid con los buenos; si quereis que vuestra familia sea arreglada, no dejéis en ella ninguno que la desordene; si quereis tener criados fieles, escogedlos entre los que temen á Dios; y si quereis amigos sinceros, elegid á los que aman y respetan la Religión. Es menester ser buen cristiano para ser bueno en cualquier otra línea; solo los que profesan con sinceridad el cristianismo, pueden ser fieles, honrados y seguros.

El verdadero cristiano reúne dos calidades que parecen opuestas; sabe conciliar los inevitables males de la vida con la paz del corazón, con la alegría interior y contento del alma. Es rico en la pobreza, y dueño de todo sin poseer nada. Se consuela cuando vive, porque viviendo tiene tiempo para amar á su Dios; y desea morir para gozar de su Dios eternamente. Todo su tesoro, todos sus conocimientos, y todos sus amigos estan en el cielo. Procura ser útil á sus hermanos en la tierra; á lo ménos pide por ellos. Sus mejores y más frecuentes alimentos son la oración y la sagrada comunión, fuentes inagota-

bles de riquezas. Sabe la vida de Jesucristo, y la estudia sin cesar para imitarle. Este es el primer estudio que le ocupa, y el que le encanta, le eleva y le consuela. Habla poco; pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Incógnito al mundo, no desprecia á nadie; solo piensa en servir á Dios, y en imitar á Jesucristo: siente no haberle conocido mas pronto, y no haber consagrado á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debéis asociaros, si quereis no desviaros jamas de las sendas de la justicia. Ved aquí los hombres que debéis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sostener vuestra virtud, sino que tambien os libraréis de muchos discursos, y tendréis todos los consuelos que se conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dijo el padre en el discurso de esta feliz semana. En mi primera te contaré lo que me sucedió despues. A Dios, amigo mio.

CARTA XXXI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

ACABOSE por fin, y con dolor mio, amigo Teodoro, aquella bienaventurada semana, la mejor y mas dichosa de mi vida: semana como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mis dias infames. Toda entera se me hizo un soplo, y cada dia que pasaba, me afigia con la idea de que me quedaba uno ménos. Yo no hubiera imaginado jamas, que dias pasados en ejercicios devotos, sin ninguna mezcla de distraccion y entretenimientos, corriesen tan rápidos, se pasasen tan sin sentir, y fuesen mas agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Empecé, amigo mio, á comprender por experiencia propia (que es la mejor manera de comprender bien) cuán engañados viven los hombres del siglo que buscan tan en vano la felicidad donde no se halla. ¡O cuánto yerran, cuando se fi-